

ESPERANDO AL QUE VIENE

Queridos diocesanos:

Si en estos momentos planteáramos una pregunta global a cerca de aquello que se espera con más anhelo, estoy seguro que la respuesta ganadora apuntaría a una vacuna contra el Covid-19. Cuando más o menos comenzó todo esto, allá por el mes de marzo, todos intuíamos que no habría tregua ni victoria hasta que no se encontrara una vacuna o un fármaco fiable.

Después de muchas batallas, perdidas unas, ganadas otras, habiendo hecho muchos sacrificios en forma de encierros domiciliarios, distancia afectiva y social, higiene sobreabundante, ha bastado el anuncio de que la vacuna está próxima para que la Bolsa española haya registrado la mayor subida de su historia en un mes de noviembre. Parece firme la convicción de que, con la vacuna, se van a ahuyentar todos nuestros males.

Los cristianos hemos sufrido y muerto como los demás, pero nos hemos sentido reconfortados por el Señor. Por otra parte, sabemos que no es éste el peor virus, ni el más mortal, ni el más dañino: el mayor azote para la humanidad viene del pecado en sus distintas formas de egoísmo, soberbia, avaricia, lujuria, injusticia... El pecado grave hace sufrir y degrada al que lo comete y a los que sufren sus consecuencias: ¡Ay si hiciéramos recuento de sus víctimas!

El profeta Isaías era muy consciente de esta gravedad. Cuando su pueblo regresó del desierto babilónico y comenzó a ver marchitadas sus esperanzas, cuando comenzó a perder su confianza en Dios y se dio a la injusticia, la impureza, la impiedad, hizo un público reconocimiento de sus pecados y elevó su oración suplicándole el perdón: “No te excedas en la ira, Señor, no recuerdes siempre nuestra culpa: mira que somos tu pueblo”. Y añadió un grito esperanzado: <<Ojalá rasgases el cielo y bajases>>.

Esta misma fe nos sostiene también a nosotros, creyentes del siglo XXI. Creemos en un Dios Padre que cuida de nosotros y se compadece de nuestros males. Hace ya dos mil años, rasgó el cielo y descendió hecho hombre para liberarnos del pecado, y volverá al fin de los tiempos, como rey y juez universal, para dar plenitud a la esperanza con mayúscula, a la esperanza que da plenitud y supera infinitamente todos los sueños inalcanzables en esta vida.

El Señor está para llegar, pero hemos de prepararle alojamiento en nuestro corazón y en nuestro mundo. Lo primero será abrir las ventanas para que entre el aire del Espíritu y oxigene el ambiente enrarecido por el pecado. El Adviento es un buen momento para hacer penitencia y suplicarle el perdón. Acercándonos al sacramento de la reconciliación, encontraremos la mejor medicina frente al virus del mal.

Permitidme también que os invite a usar la mascarilla de la oración. Ella impedirá que respiréis el virus de la mundanidad y os ayudará a sentir la cercanía de Dios y su presencia en los ámbitos sagrados; también en los hermanos pequeños, pobres y frágiles. Te invito a secundar la Campaña de Navidad de Cáritas diocesana creando una red que cuide de ellos.

Recibid mi bendición.

+ Jesús, Obispo de Astorga